

Bruscamente marchó hacia la carretera con los poderosos hombros encogidos. Gonzalo ni se movió. Una palabra pasó irreparable en el silencio de la noche y de la luna, y el alto sueño que él construyó sobre doña Ana y su belleza y sus doscientos mil duros se despeñaba en el polvo. Lentamente subió y penetró en la sala. Por encima de la llama alta de la vela, en un cuadro fosco, había una cara seca, amarilenta, de altivos bigotes negros, que se inclinaba atenta, como mirando, y lejos Videiriña esparcía por los campos adormecidos los ingenuos versos celebrando la inmensa gloria de la casa ilustre:

Que sólo en Payo Ramires
pone ahora el mundo esperanza
que junte á sus caballeros
y que salve al rey de Francia.



X

PASEANDO por el cuarto hasta bien avanzada la noche, Gonzalo removi6 la amarga certeza de que en toda su vida (casi desde el colegio de San Fidel) habia cesado de padecer humillaciones, que nacian siempre de cosas tan sencillas, tan seguras para cualquier hombre como el vuelto para cualquier ave; sólo para él constantemente terminadas en dolor, vergüenza ó pérdida. En los comienzos de la vida escoge un confidente, un hermano que en seguida se apodera del corazón de Graciña, é injuriosamente la abandona. Después concibe el deseo, tan corriente, de penetrar en la política, é inmediatamente el acaso le fuerza á rendirse, á acogerse á la influencia de ese mismo hombre, ahora autoridad poderosa, tan detestado por él durante todos esos años de despecho. Después abre al amigo la puerta de los Cuñaes, confiando en la seriedad y en el orgullo de la hermana, y la hermana se abandona al antiguo seductor, sin lucha, la primera tarde que

tropieza con él en la sombra favorable de un jardín. Ahora piensa en casarse con una mujer que le ofrecía una gran belleza y una gran fortuna, é inmediatamente un compañero de Villa-Clara pasa y le dice: «La mujer que escogiste, Gonzalo, ha tenido ya varios amantes.» Realmente el destino se cegaba en él con desmedido rencor.

— ¿Y por qué — murmuraba Gonzalo quitándose melancólicamente la chaqueta — en vida tan corta tanta decepción?; ¿por qué?

Cayó en el ancho lecho como en una sepultura. Enterró la faz en la almohada, suspirando; enternecido suspiro de piedad ante aquella su suerte, tan contrariada. Recordaba el presuntuoso verso de Videiriña, cantado aquella misma noche:

Vieja Casa de Ramires,
honra y flor de Portugal.

¡Cómo se marchitó la flor y cuán mezquina era ya la honra! ¡Y qué contraste el del último Gonzalo, encogido en su rincón de Santa Ireneia, con esos grandes abuelos Ramires cantados por Videiriña, todos ellos, si la historia y la leyenda no mentían, de vidas tan triunfales y sonoras! No, ni siquiera había heredado de ellos la cualidad heredada por todos á través de los tiempos: el valor. Su padre había sido todavía un Ramires temido, que en la terrible pelea de la romería de Riosa avanzó con un quitasol contra tres carabinas engatilladas. Pero él, allí en el secreto del

cuarto, bien podía gemir su miedo, esa irremediable flaqueza de la carne que irremediablemente ante un peligro, una amenaza ó una sombra, le obligaba á retroceder y á huir. Á huir de Casco; á huir de un malandrín, que en una carreta, y después en una taberna, le insulta sin motivo, simplemente para ostentar valentía y matonismo. ¡Ah, carne espantadiza y vergonzosa!

¿Y el alma? En esa callada sombra del cuarto bien podía también reconocer, gimiendo, que la misma flaqueza le encogía el alma. Era esa flaqueza que le abandonaba á cualquier influencia, y por ella era llevado como una hoja seca por cualquier brisa. Una tarde, la prima María le aconseja detrás de un abanico que se interese por doña Ana, y en seguida él, lleno de esperanza, levanta sobre el dinero y la belleza de doña Ana una presuntuosa torre de ventura y de lujo. ¿Y la elección? ¿Quién lo empujó hacia la elección y hacia la reconciliación indecente con Cavaleiro y hacia los disgustos de ahí emanados? Gouveia, con leves argucias murmuradas por encima de una bufanda desde la tienda de Ramos hasta la esquina del Correo. Pero, ¿qué más?, si hasta dentro de su Torre era gobernado por Benito, que le imponía gustos, dietas, paseos, opiniones y corbatas. Hombre de tal naturaleza, por bien dotado que esté de inteligencia, es masa inerte, á la que el mundo constantemente imprime formas diversas y contrarias. Juan Gouveia

hizo de él un candidato servil. Manuel Duarte podría hacer de él un bebedor inmundo. Benito fácilmente le haría ponerse en el cuello, en vez de una corbata de seda, un ronzal. ¡Qué miseria! Porque el hombre sólo vale por la voluntad, y sólo en el ejercicio de la voluntad reside el goce de la vida. Porque la voluntad bien ejercida encuentra en torno sumisión, y entonces es la delicia de un dominio sereno; ó encuentra en torno resistencia, y entonces es la delicia mayor de la lucha incesante. Sólo no sale gozo viril de la inercia que se deja arrastrar mudamente, en silencio, maleable como la cera. Pero él, descendiendo de tantos varones famosos por el querer, ¿no conservaría escondida en su alma, como una brasa bajo ceniza, una partícula de esa energía hereditaria? Tal vez nunca, en ese encogido vivir de Santa Ireneia, resaltaría una llama intensa. No, ¡pobre de él! Hasta en los movimientos del alma, donde todo hombre realiza la libertad pura, él sufría siempre la opresión de la suerte enemiga.

Suspiró de nuevo, enterrándose y escondiéndose bajo la ropa. No se adormecía, y la noche terminaba. Ya el reloj sonaba en el corredor las cuatro, y entonces, á través del confuso cansancio de tantas tristezas revueltas, Gonzalo percibió entre las sombras del cuarto, destacándose pálidamente, semblantes que pasaban...

Eran rostros muy antiguos con desusadas barbas ancestrales, con cicatrices de feroces hierros;

unos todavía flameando como en el fragor de una batalla; otros sonriendo majestuosamente; todos dilatados por el uso soberbio del mandar y del vencer. Gonzalo, espiando por sobre el embozo de la sábana, reconocía en esos semblantes las verdílicas facciones de los viejos Ramires, contempladas ya en los renegridos retratos, concebidas por él, como concibiera la de Tructesindo, en concordancia con el esplendor de sus hechos.

Gonzalo no dudaba de la realidad maravillosa. Sí, eran sus abuelos Ramires, sus formidables abuelos históricos, que desde sus tumbas dispersas corrían y se juntaban en la vieja casa de Santa Ireneia, nueve veces secular, y formaban en torno de su lecho, del lecho en que él nació, como la asamblea majestuosa de su raza resurgida, y hasta reconoció á algunos de los más esforzados, que ahora, con el repasar constante del poemeto del tío Duarte, le andaban por la imaginación.

Aquel de brial blanco era Gutierres Ramires, *el de Ultramar*, como cuando corría al escalo de Jerusalén. En el otro, tan viejo y hermoso, que extendía el brazo, adivinaba á Ega Ramires, negando acogida en su puro solar al rey Don Fernando y á la adúltera Leonor. Ese de crespas barba rubia, ¿quién sería sino Diego Ramires, *el Trovador*, alegre aún, como en la radiante mañana de Aljubarrota? Delante de la incierta claridad del espejo temblaban las fofas plumas del

morrión de Payo Ramires, que se armaba para salvar á San Luis, rey de Francia. Levemente balanceado como por las ondas humildes de un mar vencido, Ruy Ramires sonreía á las naves inglesas que ante la proa de su capitana sumisamente amainaban por Portugal, y recostado junto al lecho, Pablo Ramires, paje del rey en los campos fatales de Alcacer, sin yelmo, rota la coraza, inclinaba sobre él su faz, con la dulzura grave de un abuelo enternecido.

Entonces, ante aquella ternura del más poético de los Ramires, Gonzalo sintió que su ascendencia toda lo amaba, y que de la obscuridad de sus tumbas dispersas acudía para velarlo y socorrerlo en su flaqueza. Entonces, gimiendo dolorosamente, contó á sus abuelos resurgidos la malaventurada suerte que lo combatía, y que amontonaba sin descanso sobre su vida tristezas, vergüenzas y derrotas. Súbitamente un hierro brilló en la sombra y oyóse un hablar opaco: «Nieto, dulce nieto, toma mi lanza, nunca partida.» Y luego el puño de una espada le rozó el pecho, con otra voz grave que lo animaba: «Nieto, dulce nieto, toma la espada de Ourique.» Y después un hacha batió en la almohada, ofrecida con altivez: «¿Qué no derribará esa hacha, que derribó las puertas de Arcilla?»

Como sombras llevadas por un viento transcendente, todos los abuelos formidables pasaban y le tendían sus armas, probadas en las correrías

contra la morisma, en los cercos de castillos y villas, en las batallas contra el castellano, en toda la Historia. En torno del lecho relucían heroicamente hierros, y todos gritaban: «¡Nieto, toma nuestras armas y vence á la suerte enemiga!» Pero Gonzalo, mirando tristemente las sombras ondulantes, contestó: «¡Abuelos!, ¿de qué me sirven vuestras armas si me falta vuestra alma?»

Despertóse muy temprano, con el vago recuerdo de una pesadilla en que hablara con muertos, y sin la pereza que siempre le detenía en la cama, púsose un ropón y abrió de par en par las vidrieras. ¡Qué hermosa mañana!, una mañana de fines de Septiembre; ni una nube manchaba el vasto é inmaculado azul, y el sol ya se posaba en los árboles y en los oteros distantes con una dulzura otoñal. El espíritu de Gonzalo permanecía entoldado de sombras, como nieblas en un valle muy hondo, y arrastrando tristemente las chinelas, tiró del cordón de la campañilla. Benito no tardó con la infusión de agua caliente para la barba, y acostumbrado al alegre levantarse del hidalgo, extrañó aquel silencioso pasear por el cuarto, preguntando si el señor doctor había pasado mal la noche.

— Pésimamente.

Benito declaró con vivacidad y reprobación que seguramente hizo mal el señor doctor en beber tanto cognac de moscatel. Cognac muy fuerte, muy excitante; bueno para el señor don

Antonio, que es un hombre pesado; pero el señor doctor, tan nervioso, no debía tocar nunca aquel cognac, ó no tomar más de media copa escasa.

Gonzalo levantó la cabeza sorprendiéndose de encontrar al comienzo del día aquel tan flagrante dominio que todos sobre él se abrogaban y de que él tanto se lastimó durante la amarga noche. Benito imponía su ración de cognac.

El señor doctor bebió más de tres copas, y eso no le conviene. Yo también tuve la culpa, por no quitarle la botella.

Entonces, ante despotismo tan declarado, el hidalgo tuvo una contestación brusca:

— Hombre, no dictes tantas leyes; bebo el cognac que necesito y que quiero.

Al mismo tiempo, con la punta de los dedos probó la infusión de agua.

— Este agua está templada, y ya estoy harto de decir que para la barba necesito siempre agua hirviendo.

Benito metió gravemente el dedo en el agua.

— Pero si este agua está casi hirviendo, y para la barba no se necesita más caliente.

Gonzalo miró á Benito con furor, rechazando aquellas objeciones.

— Pues vete inmediatamente á buscar otra agua. Cuando pida agua caliente quiero que venga hirviendo. Yo no necesito moral, necesito obediencia.

Benito contempló á Gonzalo espantado. Des-

pués, lentamente, con dignidad, empujó la puerta llevando la infusión. Ya Gonzalo se arrepentía de su violencia. No era culpa de Benito el que su vida estuviese tan estragada. Además, que en casa tan antigua, no desentonaba la tradición de los antiguos reyes, y Benito reproducía con perfecto rigor su lealtad.

Volvió Benito, todavía bermejo é hinchado, con la infusión humeante, y Gonzalo, para congraciarse, díjole dulcemente:

— Día muy lindo, ¿eh, Benito?

El viejo rezongó entristecido:

— Muy lindo.

Enjabonábase Gonzalo rápidamente el rostro en la impaciencia de restablecerle á Benito la supremacía:

— Pues si encuentras el día así doy un paseo á caballo antes del almuerzo; ¿qué te parece? Tal vez me siente bien para los nervios. Con efecto, aquel cognac no me conviene. Ahora, Benito, haz el favor de gritarle á Joaquín que me tenga la yegua lista inmediatamente. Y en el baño el agua bien caliente, ¿eh? Calma mucho el agua caliente, y por eso necesito siempre el agua bien caliente, hirviendo; pero tú, con esas ideas viejas... Todos los médicos lo declaran: para la salud agua caliente, bien caliente; á 60 grados.

Después del baño, mientras se vestía, abrió más familiarmente al viejo ayo la intimidad de sus tristezas.

— ¡Ay, Benito! Lo que yo verdaderamente necesitaba para calmarme no era un paseo, era un viaje. Tengo el alma muy ensombrecida y estoy harto ya de esa eterna Villa-Clara, de esa eterna Oliveira, donde no hay más que deslealtad y murmuración.

Benito, reconciliado ya y enternecido, recordó que el señor doctor esconstraría brevemente en Lisboa distracción en las Cortes.

— ¿Sé yo si voy á las Cortes, hombre? No sé nada; aparte de que no es Lisboa lo que necesito. Es un viaje inmenso, á Hungría, á Rusia, á las tierras donde haya aventuras.

Benito sonrió, y presentando al hidalgo una chaqueta cenicienta, le dijo:

— Con efecto; en Rusia parece que no faltan aventuras. Andan todos á palos, según dice *El Siglo*. Pero aventuras, señor doctor, hasta se encuentran en las carreteras. Mire: el padre de vuestra excelencia, que Dios haya, fué allá abajo, delante del Portón, donde tuvo la bulla con el doctor Avelino de la Riosa.

Gonzalo se ponía los guantes mirando al espejo.

— ¡Pobre papá! También tuvo poca suerte. . . Benito, trae el bastón que limpiaste ayer.

Al salir del portón, el hidalgo de la Torre dirigió la yegua por la acostumbrada carretera de

los Bravaes. Mas en el Casal nuevo, donde dos pequeños jugaban á los bolos debajo de los castaños, pensó en visitar al vizconde de Río Manso. Gonzalo recordaba confusamente que la terraza de la *Varandiña* dominaba una carretera plantada de chopos, entre el lugar de Cerdal y la dispersa aldea de Canta-Piedra, y tomó el camino viejo que baja del Casal nuevo y penetra en el valle, entre el Cabezo Avellán y las ruinas del monasterio de Rivadaes, en el suelo histórico donde Lopo de Bayao derrotó á la mesnada de Lorenzo Ramires... Ora enterrada entre vallados, ora entre toscos muros de piedra suelta, la vereda seguía pesada y sin belleza; las madre selvas, que ponían una nota blanca en los bardales, entre la moras maduras, perfumaban el aire; el silencio recibía más frescura y gracia del aletear de los verderones; y era tan radiante el azul en los cielos serenos, que algo de su brillo y serenidad se iba depositando en el alma. Gonzalo no se apresuraba; en la iglesia de los Bravaes, cuando pasaba el Casal nuevo, daban las diez, y después de rodear un prado de hierba amarillenta, paróse á encender un cigarro junto al viejo puente de piedra del riachuelo de las Donas. Casi seco por el estío, el agua obscura apenas corría bajo las hojas largas de los nenúfares y por entre los juncales. Más adelante, al abrigo de unos álamos, relucían las piedras de un lavadero. En la otra margen, dentro de un viejo bote encallado, un

muchachito y una muchachita conversaban, con dos manojos de flores en los regazos. Gonzalo sonrió del idilio. Después tuvo una sorpresa descubriendo en el cuñal del puente su blasón de armas: un azor negro, enorme, que alargaba las garras feroces. Tal vez aquellas tierras en otro tiempo perteneciesen á su casa, y alguno de sus abuelos construyera el puente sobre el río, entonces más hondo, para seguridad de hombres y de ganados. ¿Quién sabe si el abuelo Tructesindo, en memoria piadosa de Lorenzo Ramires, vencido y cautivo en las márgenes de aquella ribera?

El camino más allá del puente seguía por entre campos labrados. Los manzanos brillaban al sol de la mañana, pesados, como una bendición en aquel año de hartura. Á lo lejos de los tejados bajos de una aldehuela, lentos humos subían deshechos en el cielo radiante, y poco á poco, como aquellos humos distantes, Gonzalo sentía que todas sus melancolías le salían del alma y se perdían en el azul de la mañana. Unas perdices levantaron el vuelo de entre el rastrojo. Gonzalo galopó tras ellas gritando, sacudiendo su bastón, que se ceñía como una fina lámina de acero.

Al poco tiempo el camino torció rodeando un soto. Después seguía entre lajas y pedruscos, y al fondo el sol brillaba sobre la cal fresca de una pared. Era una casa con la puerta baja entre dos

ventanas vidrieras, remiendos nuevos en el tejado y un huerto que una inmensa higuera sombreaba. De una esquina partía un muro bajo de piedra continuado por una sebe; más allá, por una talanquera vieja, entrábase en la sombra de una enramada. Por frente pasaba una carretera que pareció á Gonzalo la de Ramilde. Más allá había algunos casales esparcidos. Sentado en un banco, junto á la puerta, con una escopeta recostada en el muro, un rapaz de boña verde acariciaba pensativamente el hocico de un perdiguero. Gonzalo se paró:

— ¿Tiene la bondad de decirme el buen camino para la quinta del señor vizconde de Río Manso?

— Para la quinta de Río Manso siga por la carretera hasta esa loma, y después á la izquierda todo seguido. . .

En ese instante asomó á la puerta un hombre-tón en mangas de camisa, con la cintura enfajada en seda. Gonzalo, sobresaltado, reconoció en él al cazador que lo injurió en la carretera de Nacejas. El hombre miró imperiosamente al hidalgo. Después díjole al rapazote:

— Manuel, ¿qué tienes tú que enseñar el camino, hombre? Este camino no es para asnos.

Gonzalo sintió que toda la sangre se le removía en el corazón en un tumulto confuso de miedo y de rabia. Afirmóse en el sillín para galopar, y temblando y esforzándose:

— Usted es muy atrevido y ya va por la tercera vez. Yo no soy hombre que busque peleas; pero esté seguro de que le conozco y de que no escapa sin su lección.

Inmediatamente el otro agarró un cayado corto y saltó á la carretera, cogiendo á la yegua de la rienda con una sonrisa de inmenso desafío:

— Aquí estoy; venga ahora la lección, porque usted no pasa adelante, Ramires de mier. . .

Una niebla turbó los ojos del hidalgo, y de repente, en un inconsciente arranque, como llevado por un furioso viento de orgullo y de fuerza que se desencadenaba del fondo de su sér, gritó y arremetió contra aquel hombre, cuya mano obscura é inmensa colgaba del freno.

Levantado en los estribos, sacudióle un bastonazo que le dejó una oreja colgando. Retrocedió el hombretón tambaleándose. Gonzalo se echó sobre él arremetiéndole de nuevo. Las patas de la yegua machucaban las piernas del hombre, ya en el suelo.

Un tiro atronó la carretera, y Gonzalo vió al rapazote moreno con la escopeta levantada y humeante, pero aterrado ya.

Lanzó la yegua sobre él, blandiendo el aire con el bastón; el rapaz, despavorido, corría para salvar el vallado y escapar.

— ¡Ah, perro! ¡Ah, perro! — gritaba Gonzalo. Atontado el rapaz, tropezó con una viga, y ya se levantaba, cuando el hidalgo lo alcanzó, bañán-

dole de un bastonazo la cara en sangre. Tumbleóse el rapaz y cayó contra un pilar. Entonces Gonzalo detuvo la yegua. Los dos hombres yacían inmóviles. De ambos corría la sangre sobre la tierra seca. El hidalgo de la Torre sentía una alegría brutal. Un grito espantoso sonó del lado de la casa.

— ¡Ay, que mataron á mi rapaz!

Era un viejo que corría agachado, hacia la puerta de la casa. Tan certeramente espoleó Gonzalo la yegua, que el viejo quedó aterrorizado ante el inquieto animal, suplicando ansiosamente al hidalgo:

— ¡Ay, no me haga mal! ¡Por el alma de su padre Ramires!

— Ese canalla descerrajóme un tiro. Usted tampoco tiene buena cara. ¿Para qué corría usted hacia su casa? ¿Iba á buscar otra escopeta?

— No tengo en casa ni un cayado, mi señor. Así Dios me ayude y me salve al rapaz.

Pero Gonzalo desconfiaba. Cuando bajase por la carretera de Ramilde, bien podría el viejo correr á la casa y agarrar otra escopeta y matarlo traicioneramente.

Entonces concibió contra cualquier emboscada un ardid seguro, y hasta se sonrió recordando trazas de guerra de don García Viegas, el *Sabedor*.

— Marche delante de mí, por la carretera. El viejo tardó en levantarse, aterrado.

— Pero, mi señor, ¿cómo voy á dejar al rapaz sin auxilio?

— El rapaz está tan sólo atortolado; ya se ha movido, y el otro también. Marche usted.

Al irresistible mandato de Gonzalo, el viejo, después de sacudir denodadamente las rodilleras, avanzó por la carretera, inclinado delante de la yegua como un cautivo, rezongando: «¡Cómo se arman las cosas, señor! ¡Ay, santo nombre de Dios, qué desgracia! Á espacios parábase, mirando al hidalgo con un mirar torvo, donde negreaba miedo y odio. Carretera adelante, donde se levantaba una cruz en memoria del abad Paguim, asesinado, Gonzalo reconoció un atajo hacia la carretera de los Bravaes, que llamaban el *Camino de la Molienda*, y por allí metió al viejo, que en el pavor de aquella soledad, pensando que Gonzalo lo alejaba de los caminos trillados para matarlo cómodamente, rompió á gemir: «¡Ay, que este es el fin de mi vida! ¡Ay, nuestro Señor, que es el fin de mi vida!», y no cesó hasta que desembocaron en la carretera.

Á la milla paróse Gonzalo, harto ya de tan lenta marcha. Ahora, antes de que el hombre corriese á la casa y agarrase un arma y volviese para alcanzarlo, entraría él por el portón de la Torre.

— ¡Alto! Ahora puede volver á su casa. Pero antes dígame: ¿cómo se llama aquel lugar?

— Graíña, mi señor.

— Y usted y el rapaz, ¿cómo se llaman?

El viejo detúvose, titubeando:

— Yo soy Juan y mi rapaz Manuel... Manuel Domingues.

— Usted, naturalmente, miente; ¿y el otro de las patillas rubias?

— Ese es Ernesto el de Nacejas, el matón de Nacejas; el que llaman *Caza-abrazos*, y que tanto me desencaminó á mi rapaz.

— Bien; pues dígame á esos dos mastuerzos que no quedan sólo con la soba; que ahora tienen que entenderse con la justicia. Y lárguese.

Desde en medio de la carretera Gonzalo todavía vigiló al viejo, que limpiaba el sudor de la caminata. Después galopó hacia la Torre.

Iba galopando con una alegría tan inmensa, que lo lanzaba en sueño y en devaneo. Era como la sensación sublime de galopar por las alturas en un corcel de leyenda, crecido magníficamente, rozando las nubes, y por bajo, en las ciudades, los hombres reconociendo en él un verdadero Ramires de los antiguos de la Historia, de los que derrumbaban torres, de los que mudaban la configuración de los reinos y levantaban ese maravillado murmurio, que es el rastro de los fuertes al pasar. Ahora volvía como un varón nuevo, soberbiamente virilizado, liberto, en fin, de la sombra que tan dolorosamente le ensombreciera su vida, de la sombra torpe de su miedo. Porque sentía que ahora, si todos los valentones de

Nacejas se le pusieran delante en un temible blandir de cayados, ese *no sé qué* allá dentro se soltaría de nuevo lanzándolo al fragor de la batalla. En fin, era *un hombre*; y cuando en Villa-Clara Manuel Duarte ó *Titó* contasen hazañas, ya no liaría el cigarro, encogido y mudo, no solamente por la ausencia desconsoladora de las valentías, sino sobre todo por el humillante recuerdo de las flaquezas. Y galopaba, galopaba apretando furiosamente el puño del bastón, como para embestidas más audaces. Más allá de los Bravaes galopó furiosamente al avistar la Torre, y parecióle que de repente era más *suya*, y que una afinidad nueva, fundada en la fuerza y en la gloria, lo tornaba más señor de su Torre.

Como para acoger más dignamente á Gonzalo, el portón grande, siempre cerrado, ofrecía una entrada triunfal. Metióse en el patio, gritando:

— Joaquín, Manuel, venga acá uno de ustedes.

Salió Joaquín de la caballeriza arremangado, con una esponja en la mano.

— Joaquín, apareja deprisa el *Rosillo*, corre á un sitio que llaman Graiña, en la carretera de Ramilde. Tuve allí una gran batalla. Creo que di cabo de dos hombres. Quedaron en un pozo de sangre. No digas que vas de la Torre, pero pregunta lo que sucedió y si están ó no muertos.

Joaquín, atontado, metióse en la caballeriza

obscura, y de uno de los balcones de arriba partieron exclamaciones asombradas:

— Gonzalo, ¿qué ha sido? Santo Dios, ¿qué ha sido?

Era Barrolo. Sin desmontar, sin sorpresa ante la aparición de Barrolo, Gonzalo relató la bulla tumultuosamente. Uno que lo insultó. Después otro que le descerrajó un tiro, y los dos derribados bajo las patas de la yegua en un pozal de sangre.

Barrolo bajó, y Gonzalo, que se desmontaba ya, desmenuzó la historia detalle por detalle.

— Con este bastón, Barrolo, molí á palos á dos hombres. Es un arma terrible. Bien decía *Titó*. Estoy perdido si no llevo este bastón.

Barrolo, admirado, no cesaba de mirar el bastón. Sí, con efecto, está manchado de sangre. Sangre de gente, sangre fresca. . . Y por entre su orgullo pasó una piedad que lo empalidecía:

— ¡Qué desgracia, vean qué desgracia!

Escudriñó vivamente el traje, las botas, horrorizándose de las salpicaduras de sangre. Sí, Santo Dios, había sangre en la polaina. É inmediatamente, ansiando mudar de ropa, subió la escalera con Barrolo, que se enjugaba el sudor, balbuceando: «¡Puede uno encontrar la muerte de repente en la carretera!» En el corredor apareció Graiña, pálida, y Rosa detrás.

— ¿Qué ha sido Gonzalo? Jesús, ¿qué ha sido?

Entonces, encontrando á Graciña junto á él en la Torre en ese momento magnífico de su orgullo, después de vencido peligro tan duro, Gonzalo olvidó lo del mirador, las sombrías humillaciones, y en el abrazo que le dió fundióse todo su rencor en ternura. Con ella junto al corazón suspiró levemente como un niño cansado:

— Ha sido el diablo, hija. Una batalla terrible; yo, que soy tan pacífico, imagina tú.

Y por el corredor recomenzó, para enterar á Graciña y á Rosa de la historia.

— ¡Ay, Gonzalo — murmuró Graciña —, y si uno de los hombres hubiese muerto!

Barrolo, más encarnado que una manzana, gritó que tales canallas merecían bien la muerte, y si estuviesen heridos necesitaban el tremendo castigo de África.

Era necesario mandar á Villa-Clara á buscar á Gouveia.

Fuertes y ávidas pisadas sonaron en el tilado. Era Benito, que braceaba delante de Gonzalo ansiosamente.

— ¿Entonces, señor doctor, dícenme que tuvo una gran batalla?

De nuevo recomenzó la historia, especialmente para Benito, que la escuchaba con los ojos húmedos reluciendo, como si también triunfase.

— Fué el bastón, señor doctor. Lo que sirvió al señor doctor fué el bastón que yo le di.

Era verdad; y Gonzalo, conmovido, abrazó al viejo ayo, que gritaba, excitado, á Rosa, á Graciña y á Barrolo:

— El señor doctor dió cabo de ellos. Aquel bastón mata á un hombre. . . Los malvados están muertos. Y fué el bastón, fué el bastón que yo le di, señor doctor.

Gonzalo reclamaba agua caliente para lavarse de la polvareda, del sudor, de la sangre. . . Y Benito corrió gritando por el corredor y por las escaleras de la cocina, «que había sido el bastón, el bastón que le dió al señor doctor».

Gonzalo entró en el cuarto acompañado por Barrolo. Sentía el consuelo inmenso de encontrarse, después de tan violenta mañana, entre las dulces cosas acostumbradas, pisando la vieja alfombra azul, respirando por las vidrieras abiertas, donde los ramajes familiares de las hayas se agitaban en el aire para saludarlo. ¡Con qué gusto se acercó al espejo de columnas doradas, mirándose como á un Gonzalo nuevo, y tan mejorado que en los hombros reconocía más anchura y en el bigote un arquear más crespo!

Al tropezar de nuevo con Barrolo fué cuando despertó súbitamente:

— Pero, Barrolo, ¿cómo os encuentro hoy en la Torre?

Resolución de la víspera al té. Gonzalo no escribía, no iba por allí. Graciña estaba ya inquieta. De modo que al té, pensando también que los